



**LUZ EN LA  
OSCURIDAD**

**BRITTAINY  
CHERRY**

CHIC



**Gracias por comprar este ebook. Esperamos que disfrutes de la lectura.**

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.



# **Luz en la oscuridad**

**Brittainy Cherry**

**Traducción de Aitana Vega**



# Contenido

*Portada*

*Página de créditos*

*Sobre este libro*

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21  
Capítulo 22  
Capítulo 23  
Capítulo 24  
Capítulo 25  
Capítulo 26  
Capítulo 27  
Capítulo 28  
Capítulo 29  
Capítulo 30  
Capítulo 31  
Capítulo 32  
Capítulo 33  
Capítulo 34  
Capítulo 35  
Capítulo 36  
Capítulo 37  
Capítulo 38  
Capítulo 39  
Capítulo 40  
Capítulo 41  
Capítulo 42  
Capítulo 43  
Capítulo 44  
Epílogo

*Agradecimientos*  
*Sobre la autora*

# **Página de créditos**

## ***Luz en la oscuridad***

V.1: Mayo, 2022

Título original: *The Wreckage of Us*

© Brittainy C. Cherry, 2020

© de la traducción, Aitana Vega, 2022

© de esta edición, Futurbox Project S. L., 2022

Todos los derechos reservados.

Los derechos morales de la autora han sido reconocidos.

Esta edición ha sido posible gracias a un acuerdo entre Amazon Publishing, [www.apub.com](http://www.apub.com), en colaboración con Sandra Bruna Agencia Literaria..

Diseño de cubierta: Hang Le

Adaptación de cubierta: Taller de los Libros

Corrección: Gemma Benavent

Publicado por Chic Editorial

C/ Aragón, 287, 2<sup>o</sup> 1<sup>a</sup>

08009 Barcelona

[info@principaldeloslibros.com](mailto:info@principaldeloslibros.com)

[www.principaldeloslibros.com](http://www.principaldeloslibros.com)

ISBN: 978-84-17972-53-0

THEMA: FR

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

# ***Luz en la oscuridad***

**Desde la oscuridad... pueden verse las estrellas**

**I**an Parker es un mujeriego que sueña con triunfar en el mundo de la música. Hazel Stone es una chica encantadora que lucha por recuperar a su familia. Sus caminos se cruzan cuando empiezan a trabajar juntos en un rancho en un pequeño pueblo de Nebraska. Pero el problema es que se odian: él persigue un sueño, mientras que ella vive una pesadilla. ¿Serán capaces de amarse sin renunciar a nada?

**De la autora de *El aire que respira*, llega una nueva historia de amor deslumbrante**

«Los fans de Brittainy Cherry estarán encantados con este irresistible y apasionado romance.»

*Publishers Weekly*



*Para quienes sufren, pero nunca renuncian al amor*

# Capítulo 1

## Hazel

—**C**reo que estás en el lugar equivocado —dijo Big Paw, ‘Gran Garra’, cuando me senté frente a él en su despacho—. Tienes que ir al restaurante de la Granja para solicitar un puesto de camarera.

Sentarse delante de alguien como Big Paw te hace sentir diminuta. Evidentemente, su nombre no era Big Paw, pero así lo llamaban todos en el pueblo. Era un señor mayor, de unos ochenta años, y todavía era una fuerza de la naturaleza. Era imposible vivir en Eres sin conocer a Big Paw. También hacía honor a su nombre. Era un hombre grande, tanto en peso como en altura. Debía de medir más de un metro ochenta y pesaría unos ciento diez kilos, como poco. Incluso a su edad, no andaba encorvado, aunque se movía un poco más despacio. Además, siempre vestía igual: una camisa de cuadros con un mono, botas de vaquero y una gorra de camionero. Estaba segura de que en su armario tenía un millón de camisas de cuadros y petos; a no ser que su mujer, Holly, pusiera mucho la lavadora.

Eres, en Nebraska, era un lugar desconocido para la mayoría del mundo. Nos movíamos por caminos de tierra, y no teníamos nada en los bolsillos. Si tenías trabajo en Eres, eras afortunado, aunque no cobrases demasiado. Con

suerte, te permitías vivir al día. Si no, a buen seguro que pedías un préstamo a Big Paw, quien no esperaba que se lo devolvieras, aunque de vez en cuando te recordase la deuda. El viejo Kenny, del taller de coches, aún le debía a Big Paw cincuenta mil dólares. La deuda se mantenía desde 1987, y yo dudaba que alguna vez fuera a saldarla. Aun así, en todas las reuniones del pueblo, Big Paw sacaba el tema con una mirada malhumorada en el rostro.

Era como el padrino de Eres. Dirigía el rancho Eres, que era la atracción principal del pueblo. Desde los campos de cultivo hasta el ganado, había creado algo que nadie más había sido capaz de hacer en Eres: construir algo que perdurase.

El rancho Eres llevaba más de sesenta años en funcionamiento, y la mayoría de la gente que trabajaba en el pueblo lo hacía para Big Paw, ya fuera en el rancho o en la Granja.

Desde luego, no había venido a su despacho con la esperanza de conseguir un puesto de camarera, aunque a primera vista pareciera poco adecuada para el rancho.

—Con todo el respeto, señor Big Paw.

—Big Paw —me corrigió—. Nada de señor. Déjate de tonterías. No hagas que me sienta más viejo de lo que soy.

Tragué saliva.

—Vale. Lo siento. Big Paw, con el debido respeto, no me interesa un puesto en el restaurante. Quiero trabajar en el rancho.

Me repasó de arriba abajo con la mirada analizando mi aspecto. Estaba segura de que la mayoría de las chicas de mi edad no querían ensuciarse en pocilgas y en los establos de los caballos, pero yo necesitaba el puesto y no me marcharía hasta conseguirlo.

—No te pareces al resto de mis trabajadores. —Resopló y puso mala cara. Sin embargo, no me lo tomé como algo personal, porque siempre estaba resoplando y poniendo

muecas. Si alguna vez me sonreía, me lo tomaría como una amenaza de muerte—. Dudo que tengas lo que hay que tener para trabajar en los graneros —explicó mientras revolvía el papeleo—. Estoy seguro de que Holly te conseguirá un buen puesto en el...

—No quiero trabajar en el restaurante —repetí. Entonces, hice una pausa y tragué con fuerza, al darme cuenta de que había interrumpido a Big Paw. La gente no hacía eso. Al menos, no vivían para contarlo—. Perdona, pero necesito un puesto en el rancho.

—¿Y eso por qué? —Tenía los ojos tan oscuros que te hacía sentir como si estuvieras observando el mayor agujero negro del universo cuando te miraba.

—No es ningún secreto que los peones de un rancho ganan el doble que los empleados de una granja. Necesito el dinero.

Sacó un puro del cajón del escritorio, se lo llevó a los labios y se recostó en la silla. No lo encendió, pero mordisqueó la punta. Casi siempre tenía ese puro en la boca, pero nunca lo había visto encenderlo. Quizá era una vieja costumbre a la que se aferraba. O a lo mejor Holly lo había regañado y le había ordenado que dejara de fumar. Insistía en que Big Paw se cuidara, aunque él no quisiera, y estaba segura de que ese hombre habría hecho cualquier cosa para hacer feliz a su mujer. Holly era probablemente la única alma viva que recibía sus sonrisas.

—Vives en el parque de caravanas, ¿verdad? —preguntó, y se pasó un pulgar por el labio superior.

—Sí, señor. —Enarcó una ceja al oír la palabra «señor». Me aclaré la garganta y volví a intentarlo—. Sí, Big Paw. Así es.

—¿Quién es tu familia?

—Jean Stone es mi madre.

—Jean Stone. —Juntó las cejas y tamborileó los dedos en el escritorio—. Tiene relación con Charlie Riley, ¿no es así?

Se me revolvió un poco el estómago cuando mencionó a Charlie.

—Sí, señ... Big Paw.

Por una fracción de segundo, Big Paw no parecía malhumorado, sino triste. Masticó el puro y negó con la cabeza.

—Ese chico no es trigo limpio. Causa muchos problemas en el pueblo al meter esa mierda que destroza los cuerpos y las cabezas de la gente. No habrá sitio para ti entre mi gente si consumes algún tipo de droga. No tengo tiempo para esos líos.

—Le prometo que no consumo. De hecho, lo detesto con todo mi ser.

Casi tanto como odiaba a Charlie.

Charlie era el marido de mi madre, mi queridísimo padrastro, y llevaba en nuestras vidas desde que tenía uso de razón. Nunca pensé que las serpientes tuvieran forma humana hasta que crecí y descubrí el tipo de persona que era Charlie. Era el agujero negro de Eres, una infección tóxica que se extendía por la zona. Era el mayor traficante de drogas y el principal causante de la adicción a la metanfetamina que se había apoderado del pueblo.

Charlie Riley era problemático y demasiado bueno en su trabajo como para que lo pillaran.

Había muchas razones para aborrecerlo. No obstante, para mí, la principal era que había convertido a mi madre en otra persona.

Siempre decía que lo quería, pero que no le gustaba demasiado. Al menos, no cuando estaba bebido, y, si había algo que a Charlie se le daba bien, era emborracharse. A veces bebía tanto que iba tirando todo a su paso de forma escandalosa y pegaba a mi madre hasta sacarle lágrimas y disculpas por cosas que ni siquiera había hecho.

Una vez le pregunté por qué no lo dejaba. «Todo lo que tenemos es gracias a ese hombre —dijo—. Esta casa, tu

comida, tu ropa. ¿No lo ves, Hazel? Sin él, no somos nada».

No lo entendía. No entendía cómo permitía que la hiriese de esa manera por el simple hecho de mantenerla. Quizá tenía razón en lo de que Charlie nos proveía, pero, si no tuviéramos nada, ella tampoco tendría los ojos morados.

Me había pedido que dejara la conversación y que no volviera a sacar el tema, porque quería a Charlie y nunca lo dejaría.

Habían pasado tres años desde entonces. Ya tenía dieciocho y, día tras día, parecía que mi madre se ponía cada vez más veces del lado de Charlie antes que del mío. Sabía que no era lo que pensaba en realidad. Pero Charlie había envenenado su cuerpo y su mente hasta el punto de que ya no sabía distinguir lo que estaba bien o mal. Era una esclava de su control y de su suministro de drogas. Cuando la miraba a los ojos, apenas reconocía la mirada de mi verdadera madre.

Lo habría superado por completo si no fuera porque estaba embarazada de cuatro meses. Me sentía responsable de mi futuro hermano o hermana. Dios sabía que Charlie no se ocupaba de cuidarla.

Necesitaba el trabajo en el rancho Eres para ahorrar dinero para mi hermano o hermana. Necesitaba dinero para comprar vitaminas prenatales para mi madre y asegurarme de que tuviera la nevera llena. Dinero para cerciorarme de que, de alguna manera, el bebé llegara al mundo con un poco más de lo que yo había tenido.

Luego, con el resto del dinero, compraría un billete de ida y me marcharía de Eres sin mirar atrás. De alguna manera, convencería a mi madre para que viniera conmigo y el bebé. Lo último que necesitaba era criar a un niño con Charlie cerca.

Ella llevaba razón; teníamos un techo sobre nuestras cabezas gracias a Charlie. Sin embargo, que alguien te proporcionara cuatro paredes entre las que vivir no

implicaba que no fueran una prisión. Me moría de ganas de reunir el dinero suficiente para tener mis propias cuatro paredes, que estarían llenas de amor y no de odio; de felicidad y no de miedo.

Y el nombre de Charlie Riley sería un recuerdo lejano.

Big Paw se frotó la nuca.

—Necesitamos rancheros, no una chiquilla que tema ensuciarse las manos.

—No me da miedo. Me ensuciaré como el resto.

—Tienes que ser capaz de levantar más de veinticinco kilos.

—Levantaré treinta.

Enarcó una ceja y se inclinó hacia delante.

—Preséntate antes de que salga el sol y, si no terminas el trabajo, quédate hasta después del atardecer. Nada de horas extras. Se te pagará por las tareas diarias que completes, no por las horas que pases aquí. Si terminas antes, puedes irte antes. Si terminas tarde, te quedas hasta tarde. Además, no creo en segundas oportunidades, sino en primeras. Si te equivocas, te largas. ¿Entendido, chica?

Si cualquier otra persona me llamara «chica», le daría un puñetazo en la nariz para demostrarle cuánto valía esta chica, pero en boca de Big Paw no era un insulto, sino lo que era a sus ojos, ni más ni menos. También llamaba «chico» a cualquier hombre más joven que él, porque podía. Seguramente, las personas que se identificaban de una forma diferente se sentirían ofendidas por el apelativo que Big Paw usaba. Sin embargo, era demasiado viejo para molestarse.

Perro viejo, trucos nuevos y todo eso.

—Lo entiendo. —Asentí—. Trabajaré más que nadie, lo prometo.

Refunfuñó un poco más y se frotó la barba.

—Vale, pero no vengas a quejarte cuando estropees tus zapatos favoritos en las pocilgas. Preséntate en los establos mañana a las doce en punto para aprender con mi nieto, Ian. Él se encargará de ponerte a punto.

Me senté un poco más recta con un nudo en el estómago.

—¿Ian me enseñará? —Fruncí el ceño—. ¿Seguro que no puede encargarse Marcus, James u otra persona?

—No. Ya se ocupan de otros peones del rancho. —Levantó la ceja otra vez—. No empezarás a dar problemas tan pronto, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—No, señor... Esto... Big Paw. Lo siento. De acuerdo. Mañana al mediodía. Allí estaré.

La idea de aprender de Ian Parker me provocaba arcadas. Se lo conocía como la estrella del *rock* y *playboy* de Eres. Se había graduado tres años antes que yo; durante mi primer año, fui la suertuda que tenía la taquilla justo al lado de la suya. Lo que significaba que lo había visto intercambiar saliva con todas las grupis de pueblo de turno a las que hubiera engatusado.

Me sorprendió que la mononucleosis no se hubiera propagado más a causa de Ian Parker y su promiscuidad. Nada me provocaba más odio hacia su persona que tener que abrirme paso entre él y la rubia de la semana para llegar a mi taquilla. Y ahora me enseñaría a trabajar en el rancho.

Dudaba que supiera quién era yo, ya que en el instituto pasé la mayor parte del tiempo procurando no destacar. Mi ropa era una combinación de negro con negro y una pizca de negro. Combinaba con el pelo carbón, las uñas como la tinta negra y los ojos de color verde intenso. La oscuridad de todo iba a juego con mi personalidad. Era una persona solitaria y la vida me resultaba más fácil así. La mayoría de la gente me llamaba «la gótica solitaria de Eres» y me



consideraba indigna de su tiempo. No obstante, un buen puñado de chicas vieron la oportunidad de acosarme durante el instituto, como si hostigarme hubiera sido un caso de caridad. «Mirad a la pobre Hazel Stone sola y pensando en sus asuntos. Hagamos que destaque un poco tirándole la comida durante el almuerzo. Se muere por algo de atención».

Si hubiera desaparecido, habría sido posible que nadie hubiera venido a buscarme. No quiero ser melodramática, pero es la verdad. Una vez, me escapé de casa durante dos semanas y, cuando volví, mi madre me preguntó por qué no había fregado los platos. Ni siquiera se había dado cuenta de que había desaparecido. Y, si mi propia madre no se percataba, dudaba que nadie más en Eres fuera a hacerlo. Sobre todo, alguien como Ian. Estaba demasiado ocupado con las manos pegadas a una mujer o a las cuerdas de su guitarra.

\* \* \*

Al día siguiente, me presenté en el rancho dos horas antes de mi reunión con Ian. Pasé el tiempo dando vueltas por los establos antes de que llegara la hora de ponerme a trabajar. No tenía coche, así que había tardado casi treinta minutos en llegar a pie desde la casa de Charlie. El sol me picaba en la piel y hacía que el sudor me resbalara por la frente. Mis axilas eran el paraíso soñado de Shrek, a tenor de la humedad pantanosa que albergaban. Aparté los brazos del cuerpo para evitar que las manchas de sudor se agrandaran, pero al sol estival de Eres no le importaban los meros seres humanos a los que atacaba.

Dos horas después, me dirigí a la oficina del rancho, donde debía reunirme con Ian. Me quedé allí sentada treinta minutos. Luego cuarenta y cinco. Pasó una hora.

No tenía ni idea de lo que debía hacer. Había mirado el reloj unas cinco veces para asegurarme de que no me había desmayado y se me había pasado la cita con Ian.

Tras haber esperado más de una hora, eché a andar por el rancho con la esperanza de cruzarme con Ian o con alguien que me llevara hasta él. Cuanto más tiempo pasaba, más nerviosa me ponía al pensar que, si Big Paw se enteraba de que no estaba aprendiendo a trabajar allí, me echaría antes de tener la oportunidad de conseguir el puesto.

—Perdona, ¿puedes ayudarme? —pregunté a un tipo que cargaba una pila de heno a la espalda. Se volvió hacia mí con una mirada agotada. Debía de estar sujetando unos quince kilos, y me sentí mal por haberlo interrumpido, pero no podía perder el trabajo.

—¿Sí? —Jadeó, agotado. También lo había visto en el instituto. Era James, el mejor amigo de Ian. Era menos promiscuo que su amigo y también sonreía mucho más, incluso con el heno a punto de romperle la columna vertebral. Los dos estaban en una banda llamada The Wreckage y, aunque Ian era el vocalista principal, James era el corazón de la música. La gente deseaba acostarse con Ian y quería ser colega de James. Era así de simpático. Llevaba una camiseta blanca con las mangas arrancadas y una gorra de béisbol del revés. La camiseta, que había visto días mejores, estaba cubierta de suciedad y rasgaduras, pero, aun así, halló la manera de sonreírme.

—Me llamo Hazel y se supone que tengo que reunirme con Ian para que me enseñe cómo va esto. Es mi primer día.

James arqueó una ceja antes de dejar el heno en el suelo. Se pasó el dorso de la mano por la frente y se aclaró la garganta.

—¿Trabajas aquí? —preguntó, más desconcertado de lo que me habría gustado.

—Sí, así es. Es mi primer día —repetí.

Me recorrió el cuerpo con la mirada y sacudió la cabeza, por lo que afloraron todas mis inseguridades. Resultaba curioso cómo una simple mirada podía encender con tanta facilidad la falta de confianza de alguien.

James debió de captar mi malestar, porque me dedicó una de sus sonrisas gratuitas y se apoyó en la pila de heno.

—Vistiendo con todo de negro, te vas a morir. ¿Vaqueros negros y camisa de manga larga? ¿Son botas militares? —Se rio—. ¿Seguro que no tendrías que estar en la granja?

No era una risa insultante. Más bien estaba revestida de confusión, pero, aun así, no me gustó.

—No me preocupa mi vestuario. Solo quiero trabajar.

—Debería preocuparte, el sol en el rancho no da tregua. Una insolación es algo muy serio.

—¿Sabes dónde está Ian? —pregunté con los dientes apretados. No estaba allí para hablar de moda, sino para trabajar.

—Conociéndolo, estará en la oficina que hay junto a los establos de los caballos. No obstante, un pequeño aviso... —comenzó, pero lo interrumpí.

No tenía tiempo para advertencias.

Ya llevaba casi una hora y media de retraso.

—Gracias —dije y eché a correr hacia el pequeño despacho anexo a los establos. ¿Me había dicho Big Paw que quedara con Ian en el despacho de los establos? ¿Lo había malinterpretado al presentarme en la oficina principal? Mierda. Solo tenía una oportunidad y ya la había fastidiado.

En cuanto llegué al despacho, abrí la puerta de golpe, con una disculpa en la punta de la lengua.

—Hola, Ian. Soy Hazel y... ¡Ay, la virgen! —balbuceé cuando me encontré de frente a una chica de rodillas delante de un Ian a medio vestir. Todavía llevaba puesta la

camiseta blanca, pero tenía los vaqueros azules y los bóxers alrededor de los tobillos mientras los labios de una mujer le envolvían la...

La madre del cordero, ¿era normal que fuera tan grande? ¿Cómo era posible que la chica no se asfixiara con el cartucho de dinamita que tenía metido en la boca? La manera en que las venas se marcaban en el pene me hizo pensar que esa cosa explotaría en cualquier momento, aunque a ella no parecía preocuparle que sucediera entre sus labios pintados.

Me di la vuelta para mirar a otro lado, aturdida por lo que me había encontrado.

—¡Perdón! ¡Perdón! —grité y agité las manos asustada.

—¡Lárgate, joder! —ladró Ian, con una voz ronca y curtida que destilaba irritación y placer a la vez. ¿Quién habría dicho que se podía estar enfadado y complacido al mismo tiempo? Supuse que cualquier hombre al que interrumpieran en mitad de una mamada.

—¡Perdón! —repetí y salí a toda prisa de la habitación. Cerré la puerta y respiré hondo. Me temblaban las manos y el corazón me rebotaba en las costillas. Era lo último que esperaba en el despacho de los establos a la una del mediodía de un miércoles. Menuda visión me había concedido Ian. Una que deseaba olvidar.

Me quedé allí como una completa idiota durante varios minutos antes de echar un vistazo al reloj.

¿Cómo no habían terminado todavía?

No era ninguna experta en mamadas, pero, por el tamaño, las venas y la determinación de la mujer arrodillada, Ian estaría cerca de terminar.

Sin embargo, no se oía ningún gemido de felicidad, y el tiempo pasaba.

Llamé a la puerta.

—Que te largues, hostia —siseó la voz de Ian.

El mismo chaval encantador que recordaba del instituto.

—Lo haría si pudiera, pero no es el caso. Se supone que tienes que enseñarme.

—Vuelve mañana —ordenó.

—No puedo. Big Paw me dijo que hoy tenía que aprender contigo, sin peros, y me niego a perder esta oportunidad. Necesito el trabajo.

—Guárdate el cuento para alguien a quien le importe —gruñó, lo que me enfureció todavía más.

¿Quién se creía que era?

Solo porque había conseguido un atisbo de éxito como músico en internet y porque todas las mujeres, y algunos hombres, de Eres desearan su atención, no tenía derecho a tratar a la gente como lo hacía. Por favor, era una estrella del *rock* que vivía en medio de la nada, en Nebraska. No era Kurt Cobain ni Jimi Hendrix.

Abrí la puerta del despacho y los encontré en la misma posición. Me puse las manos en la cadera.

—Perdona, pero se supone que tienes que enseñarme, así que tendréis que aplazar esto para más tarde.

Ian me miró y levantó la ceja más alta de la historia. Para que conste, me esforcé mucho por no fijarme en la otra parte elevada que seguía a la vista.

—¿Qué tal si pillas la indirecta y comprendes que está ocupado conmigo? —se burló la chica tras liberarse la boca.

«Buena chica. Haz una pausa para respirar».

—¿Qué te parece si no me hablas? —espeté—. Es mi primer día —repetí, esta vez con los dientes apretados mientras miraba fijamente a Ian—. Tú tienes que enseñarme, así que espero aprender.

Me fulminó con la mirada.

—¿Sabes quién soy?

¿En serio?

¿Acababa de soltar ese tremendo cliché?

«¿Sabes quién soy?».

«De nuevo, no eres Kurt Cobain, chato».

—Sí, lo sé. La persona encargada de enseñarme. Así que si pudiéramos...

—No te enseñaré nada —dijo—. Así que esfúmate.

—Eso, esfúmate —repitió la mujer.

—Vaya, alguien suena desesperada, ¿no? —pregunté, la miré y volví a Ian—. No me iré hasta que me enseñes el trabajo.

—Pues disfruta de la vista —comentó y colocó las manos detrás de la cabeza de la chica para acercársela al miembro.

—De acuerdo. Seguro que a Big Paw le gustará saber en qué estabas ocupado en lugar de enseñándome —amenacé.

La mujer soltó una risita gatuna.

—Como si a Ian le importara lo que piensa Big Paw. —Fue a inclinarse, pero Ian la apartó ligeramente.

—Se me ha cortado el rollo. Seguiremos más tarde —comentó ante su atónita mirada.

—Bromeas, ¿verdad?

Se encogió de hombros.

—No me apetece.

Otra lectura de sus palabras sería: «Mi abuelo me acojona muchísimo y no quiero enfadarlo». Incluso la estrella del *rock* del pueblo tenía sus miedos.

—Puedo hacer que te apetezca —dijo ella, que se disponía a inclinarse, pero Ian la detuvo.

—¿Qué tal si pillas la indirecta y comprendes que está ocupado? —me burlé descaradamente y le devolví sus propias palabras. Solo me permitía ser insolente con aquellas personas que me incordiaban primero. Ojo por ojo, y todo eso.

Se levantó y se alisó el vestido veraniego. Al pasar junto a mí, le dedicó a Ian una sonrisa seductora.

—Llámame más tarde, ¿quieres?

—Por supuesto, Rachel.

Abrió los ojos de par en par.

—Me llamo Laura.

—Eso he dicho. —La despidió con un gesto.

Si representara más el cliché de capullo de pueblo, sería Jess de *Las chicas Gilmore*. Engreído, arrogante y tremendamente atractivo.

No me sentía atraída por él de ninguna forma, debido a su desagradable personalidad, pero fingir que no estaba bueno era una pérdida de tiempo. El hombre rezumaba atractivo como si fuera magia negra. Era como si hubiera vendido su alma al diablo a cambio de ser tan *sexy*. Tenía el pelo negro como la tinta, el cuerpo tatuado y unos brazos que hacían que pareciera que levantaba ganado en sus ratos libres. Y la maldita sonrisa de estrella de *rock*. Todas la conocíamos. Esa que decía: «Podría hacer que me la chuparas aquí y ahora si quisiera». La misma que estaba segura de que le había mostrado a Laura esa misma mañana. Vivíamos en el campo, donde los armarios de la mayoría se limitaban a camisas de cuadros y pantalones tejanos, vestidos de verano y botas de vaquero. Sin embargo, mientras que la mayoría tenía un aspecto más o menos ordinario, Ian parecía un semidiós que se había colado en la galaxia equivocada.

Se subió los calzoncillos y los vaqueros, y yo me di la vuelta para darle un poco más de intimidad que unos momentos antes.

Cuando terminó, se aclaró la garganta. Volví a mirarlo y se pasó el pulgar por la nariz. Tenía los labios fruncidos en un gesto desagradable. Desde luego, no me regalaría su sonrisa de mamada.

—¿Quién coño eres?

Por lo visto, su nueva enemiga mortal.

—Hazel.

—¿Hazel qué?

—Stone. Hazel Stone.

En cuanto dije mi nombre completo, frunció el ceño y esbozó una sonrisa de desprecio.

—¿Tu madre es Jean Stone?

Tragué con fuerza. Cualquiera que conociera a mi madre no era un gran admirador suyo, debido a su conexión con Charlie, el lobo feroz de Eres.

—Sí, lo es.

Abrió y cerró las manos sin parar mientras la información se asentaba en su cabeza.

—¿Lo sabe Big Paw?

—Sí, está enterado. No veo qué tiene que ver con...

—Lo sabía —me interrumpió—, ¿y te dijo que yo tenía que enseñarte?

—Eso dijo.

Pasaron unos instantes de silencio mientras Ian apretaba los puños.

—Una hora —gruñó, mucho más irritado que cuando lo había interrumpido en plena mamada. ¿De verdad mi conexión con Charlie tenía este efecto en la gente?

¿A quién quería engañar? Claro que sí.

—¿Una hora para qué? —pregunté, sin querer presionar más, porque era evidente que no estaba de humor.

—Te doy una hora antes de que huyas de aquí llorando como un bebé. No tienes lo que se necesita para trabajar aquí y bajo mi mando.

—No te ofendas, pero no sabes lo que tengo o dejo de tener. Soportaré el trabajo en el rancho. —¿Era eso cierto? No lo sabía. No sabía nada de cómo era trabajar en un rancho. Pero tenía determinación a raudales. No había sitio para el fracaso.

—Ay, encanto —dijo—. No tienes ni idea de dónde te has metido. Bienvenida al infierno.



Pasó a mi lado y un escalofrío me recorrió la espalda. Quería darle un puñetazo en la mandíbula por haberme llamado «encanto». Si había algo que odiara más que los apodos para las mujeres, eran los apodos condescendientes. Nena. Cielo. Muñeca. Encanto. ¿Qué tal una ración de «vete a la mierda»? Me habría gustado llamarle la atención por el apodo estúpido y despectivo, pero no me dio tiempo a responder. Ya había comenzado a hablar de las tareas que haríamos en la siguiente hora antes de que, supuestamente, saliera corriendo como una niñita llorona.

Pocilgas. Establos. Gallineros.

Parloteaba sin parar de los trabajos de mierda que tendría que hacer, lo que combinaba bien con su personalidad de mierda. Sabía que no bromeaba con lo de que era un infierno y, con el veneno que rezumaba por la boca, estaba completamente segura de que Ian Parker era el mismísimo diablo.

## Capítulo 2

### Ian

**H**azel Stone era la hija de Jean Stone, la hijastra de Charlie Riley y una persona que no quería conocer, y tampoco me apetecía enseñarle nada. No deseaba tener en mi vida a nadie que tuviera la más mínima relación con alguien como Charlie Riley. Eso incluía a Hazel.

Cada vez que pasábamos por las pocilgas se cubría las fosas nasales con el cuello de la camisa negra de manga larga. Le había ordenado que paleara uno de los corrales para limpiarlo y estaba pasándolo fatal, tanto como me había esperado. No había tenido el placer de volverse inmune a los sucios aromas de la mierda de cerdo, y la tela que le cubría la nariz era prueba de ello. Debería considerarse afortunada por ello. El viejo Eddie llevaba tantos años trabajando en las pocilgas que no entendía por qué la gente lo miraba raro cuando iba al pueblo apestando a estiércol. El pobre imbécil ya ni siquiera se olía a sí mismo.

De vez en cuando, Hazel emitía ruidos de arcadas como si estuviera a punto de vomitar el almuerzo.

¿En qué narices pensaba Big Paw cuando la contrató para trabajar en el rancho? La vejez afectaba a su

capacidad de decisión, porque contratar a aquella chica era un sinsentido.

Parecía que acababa de salir del ataúd de un vampiro cinco minutos antes de entrar en el rancho, con los ojos cubiertos de lápiz de ojos negro. El vestuario oscuro no le confería menos pinta de vampiresa. Si la oscuridad fuera una persona, sería Hazel Stone. Llevaba ropa holgada y demasiado grande, y no sabía sonreír. No la culpaba por eso último. Yo tampoco iba por ahí con una sonrisa de oreja a oreja. Sin embargo, lo que más me molestaba era cómo había interrumpido mi rato con Erica. ¿Rachel? Mierda, como fuera que se llamara la chica que se había metido mi miembro palpitante en la boca. Por su culpa, sufría un tremendo problema de huevos hinchados. No es que tuviera planeado correrme con una mamada. En realidad, eso nunca me ocurría, pero eran los preliminares antes de tumbar a la mujer sobre el escritorio y penetrarla hasta que las vacas volvieran a casa, lo que ocurría alrededor de las seis de la tarde.

En cambio, me tocaba pasearme por el rancho con la puñetera Miércoles Addams y explicarle lo que hacía falta para ser peón en el rancho Eres. Noticia de última hora: ella no lo tenía. Se alejaba tanto de lo que debería ser un peón de rancho que me sentía como un imbécil por desperdiciar la tarde enseñándole el lugar.

—No te lo pondremos fácil simplemente por ser una chica —espeté y eché el heno sucio en la carretilla.

—No soy una chica —ladró mientras levantaba la horquilla a duras penas, pero sin rendirse.

Volví a mirarla y la repasé de arriba abajo.

Llevaba la ropa holgada. Aun así, atisbé un par de bultos que se le marcaban bajo la camisa.

Antes de que pudiera hacer un comentario, me fulminó con la mirada.

—Soy una mujer.

Bufé.

—Apenas. ¿Qué tienes? ¿Dieciocho?

—Sí. Que es exactamente la edad a la que una se convierte en mujer. No soy una chica.

Puse los ojos en blanco con tanta fuerza que estaba seguro de que me quedaría ciego.

—Mujer, chica, pava, lo que sea. Tú termina el trabajo. Tendrás que ir más rápido si quieres trabajar aquí. Estás perdiendo el tiempo con esa pocilga. Te quedan siete más por limpiar.

Jadeó.

—¿Siete? Es...

—¿Es qué? —corté—. ¿Es imposible que hagas siete pocilgas? —Arqueeé una ceja y se dio cuenta. Esboqué una sonrisa malévol. Solo habían pasado cuarenta y cinco minutos y la pequeña Hazel ya estaba a punto de ondear la bandera blanca.

Eché los hombros hacia atrás y enderezó la espalda.

—Puedo hacer siete pocilgas. Haré siete pocilgas. Aunque me lleve toda la noche.

A juzgar por la velocidad a la que iba, tardaría toda la noche. Por mí, estupendo. Tenía ensayo esa noche en la casa del granero, así que me quedaría en el rancho hasta tarde de todos modos. Si Hazel no quería abandonar todavía, podía pasarse toda la noche en las pocilgas.

Tardó tres horas en terminar de limpiar dos. Tres puñeteras horas.

Fue mucho más de lo que se debería, pero al menos tenía que reconocer que no se había acobardado. Apenas paró a beber agua, salvo cuando la obligué a hacerlo.

—Estamos a treinta y cinco grados. Tómate un maldito descanso. Si no, tendré que sacarte a rastras por los tobillos y llevarte a urgencias —ordené.

Descansaba a regañadientes, pero luego volvía a la carga y se dejaba la piel.

Hacia las siete, recogí mis cosas del despacho y fui a verla una vez más.

—¿Cuántas te quedan? —pregunté.

—Tres. —Sonaba exasperada—. Solo tres más.

Asentí una vez.

—Me voy a la casa del granero a ensayar con el grupo. Pásate por allí cuando acabes para que revise tu trabajo.

No respondió, aunque sabía que me había oído. Más le valía, porque no me dedicaba a repetir las cosas y, si no inspeccionaba lo que había hecho al final de la noche, se quedaría sin trabajo.

Ni siquiera entendía por qué trabajaba en el rancho. No comprendía por qué se había puesto en esa posición. Podría haber acudido al cabrón de su padrastro para unirse al negocio familiar del tráfico de drogas.

Tras una respuesta silenciosa por su parte, me dirigí hacia la casa del granero para reunirme con los demás. Hacía cinco años que formaba parte del grupo The Wreckage, junto con mis tres mejores amigos. Nos habíamos hecho amigos muchos veranos atrás, cuando teníamos dieciséis años, excepto Eric, que solo tenía trece, y nos veíamos obligados a trabajar en el rancho. A mí me forzaba Big Paw, porque no quería que me metiera en líos durante las vacaciones, y al resto se lo habían mandado sus padres para que ayudaran a sus familias con los ingresos.

Si vivías en Eres y tenías dieciséis años, lo más probable era que tuvieras algún trabajillo con el que ayudar a llevar algo de dinero a casa. La mayoría de las veces, el sueldo de los padres no bastaba para llevar comida a la mesa.

Los chicos y yo pasamos todo el verano paleando estiércol y formamos una banda para matar el tiempo. En un pueblo pequeño, hacías lo que fuera para que el tiempo pasara más rápido. Los días de verano se alargaban y las

noches eran aburridas. La música lo cambió todo para nosotros. No pasó mucho tiempo hasta que nuestras obras empezaron a importarnos de verdad. Con los años, conseguimos algo de éxito. No lo suficiente como para dejar nuestros trabajos, pero sí para soñar con una vida lejos de Eres.

Además, todos teníamos talento suficiente como para que el grupo destacara.

En primer lugar, James tenía don de gentes. Si había un alma necesitada de amor, él acudía para dárselo. Tocaba el bajo y poseía una personalidad tan cálida que hasta nuestros enemigos jurados caían rendidos a sus pies. No solo era un as con el bajo, sino que era la cara sonriente de nuestras cuentas en las redes sociales que atraía a los fans.

Marcus era el batería de los dioses y el payaso de la banda. Era el alivio cómico en los momentos tensos, que era lo que siempre ocurría en un grupo de artistas que a veces tenían diferentes opiniones creativas.

Eric era nuestro teclista y el mago de las redes sociales. Juraría que su cerebro funcionaba en código. Fue el artífice de la fidelización de un grupo de seguidores para The Wreckage en todas las plataformas. Aunque era el más joven de todos, el hermano de Marcus era una pieza clave. En gran medida, gracias a él habíamos conseguido la base de fans que teníamos. Más de quinientos mil seguidores en Instagram, sesenta y cinco mil en YouTube, y un número en TikTok que ni siquiera sabría decir. Eric siempre buscaba la manera de ampliar nuestro alcance, lo que suponía muchas retransmisiones en directo de los ensayos y de nuestras vidas en el pueblo y en el rancho.

Por lo visto, a la gente le gustaba ver a las estrellas del *rock* llevar estilo de vida campestre. No entendía el atractivo, pero Eric era un profesional en dar a los fans lo que querían. Si no llevaba una cámara en la mano o instalada en algún lugar cercano, pensaría que tenía una